



EL CUARTO  
DE LAS  
MARAVILLAS

ALAIN-PAUL  
MALLARD

**NAHUI  
VERSUS  
ATL**

**T**  
TURNER

*Nahui versus Atl*

Primera edición: 2015

Coedición:

© Turner Publicaciones, S.A. de C.V. /

Consejo Nacional para la Cultura y las Artes-

Dirección General de Publicaciones

D.R. © 2015, Turner Publicaciones S.A de C.V

General Juan Cano 193-A, San Miguel Chapultepec,

11850, México DF

[www.turnerlibros.com](http://www.turnerlibros.com)

D.R. © 2015, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes  
Dirección General de Publicaciones

Avenida Paseo de la Reforma 175, Col. Cuauhtémoc

C.P. 06500, México, D.F.

[www.conaculta.gob.mx](http://www.conaculta.gob.mx)

Diseño de cubierta:

Estudi Miquel Puig

Ilustración de cubierta:

Autorretrato de Nahui Olin para la cubierta de su libro

*À dix ans sur mon pupitre*, Ed. Cultura, México, (1924)

Maquetación:

David Anglès

ISBN: 978-607-7711-09-4 Turner Publicaciones S.A de C.V

ISBN: 978-607-7452-67-6 CONACULTA

Depósito legal: M-35241-2015

Reservados todos los derechos en lengua castellana. No está permitida la reproducción total ni parcial de esta obra, ni su tratamiento o transmisión por ningún medio o método sin la autorización por escrito de la editorial.

A Alejandro, quien pidió *ver* esta historia.

Y a Matiana, quien la escuchó una y otra vez,  
alguna con párpados cerrados, una leve sonrisa en el semblante.

*Odio y amo. ¿Por qué?, preguntas acaso.  
Lo ignoro. Es lo que siento. Y me torturo.*

CATULO, *Carmen*, LXXXV

Ciudad de México, *circa* 1965

Frascos turbios y maltrechos cajones de yerbas medicinales, raíces retorcidas, semillas de colores.

Desde un radiecito de pilas crepita, bajito, algún éxito musical de 1965.

En un abigarrado y polvoso puesto de herbolaria, de amuletos, un anciano sombrío despacha casi sepulto entre peroles colgantes, ristras tornasoladas de chupamirtos, de estrellas y caballitos de mar, tiesos peces diablo, coronas de ajos, abalorios, sábilas secas, grandes velas coloridas, cuernos de carnero.

Las morenas manos del yerbero vierten polvos y trozos de corteza en un cucurucho de papel de estraza. En otro. Los dobla.

A cambio de un billete grisáceo y arrugado, los cucuruchos pasan a unas manos femeninas salpicadas de manchas de vejez.

—Gracias, patrona. Con los filtros ya sabe: lo que más cuenta es la fe.

Las manos, de vistosos anillos y largas uñas de barniz descascarado, echan los paquetes a un gastado bolso, profundo e informe, bordado de pedrería.

Una silueta cansada se pone en marcha y se aleja en contraluz, regordeta, por el estrecho pasillo del mercado.

## La pedrada

Un lote baldío en las lindes de un basural. Juega en el terregal una palomilla de chicos. Son cinco, seis, mugrosos y desvergonzados.

Una mujer gorda y vieja se adentra, resollando, en el baldío. Tenso sobre su cuerpo rollizo, un vestido de chillonas flores, corto y escotado. Lleva un par de suéteres encima, asimétricamente abotonados. Pende de ellos una fatigada orquídea de trapo, grandota, triste. Guangas calcetas deportivas enfundan las pantorrillas anudadas de várices. Cruzado sobre el hombro cuelga el abultado zurrón de pedrería. El cabello es pajizo y reseco, más bien corto; va descaramadamente teñido de rubio. Emplastes de maquillaje y subidas chapas de colorete adornan un rostro todo bolsas y arrugas. La estrafalaria vieja parece mascullar.

Los chicuelos juntan y alinean sobre un talud latas y botellas. El chico mayor, el cabecilla, lleva una gran resortera colgada al cuello.

Un par de gatos surgen de la basura y confluyen hacia la intrusa. Luego se acerca otro, y otro, y otro más. Los niños observan a media distancia.

Ajena a ellos, la loca saca del bolso dos envoltorios de periódico, húmedos y compactos. La miran agacharse, acariciar los impacientes lomos felinos. Destripa en el suelo un paquete con pellejos de carne. Parece conversar con los gatos. Nuevos animales se suman a la gatería.

La vieja se endereza. Contempla largamente la masa fluida de pelambres diversos que se desliza entre sus piernas, que se arremolina en torno a los despojos sanguinolentos.



El cabecilla recoge un guijarro, carga la resortera. Pone en mira en la horqueta la cabeza pajiza de la loca. Tensa las ligas al máximo.

Los demás lo miran. Ven expectantes la tensión en las ligas, el temblor en el brazo extendido, la loca de espaldas. El brazo, repentino, se desvía hacia abajo. Las ligas parten con elástico ímpetu.

Un gato cae fulminado. Los otros se dan a la fuga.

La vieja ahoga un grito y se vuelve hacia los bribones.

Unos ojos de fuego verde, terribles ojos de bruja, los miran llenos de verde furia. Huyen en desbandada, levantando el polvo del arrabal.

La vieja se dobla, recoge al minino. Roto, el cráneo. Lo acaricia larga, tierna, tristemente. Ladridos distantes. La tarde declina en el baldío.

Un tranvía urbano, casi vacío. Sola, la vieja va sentada al fondo. En los muslos, el bolso abierto; a medio salir, el gatito flácido y ya frío. Lo va mimando, lo arrulla.

Las luces coloridas de la ciudad navegan, ebrias, tras la ventanilla. El tranvía avanza cabeceando por la avenida.

## Hojas de higuera y luz de luna

La silueta de la loca remonta, lenta, una calleja solitaria y mal iluminada del barrio de Tacubaya. En la lejanía, algunos ladridos se responden.

Se detiene ante una decrepita casona de un solo piso, con ventanas enrejadas de cuerpo entero. Abre el portón. Penetra a un zaguán en sombras. Hay confusos trebejos arrumbados. Detrás, la claridad nocturna de un patio. Las hojas muertas de una higuera manchan, tenuemente bañadas de luna, el piso de cemento. La vieja se detiene junto a una fuente seca. Saca del bolso, por el cuello, al gato muerto. Lo besa y acicala.

–Descansa. Ya mañana veremos.

Lo tiende de costado sobre el pretil cubierto de mosaico.

## 5 Menjurje

Un foco anémico se enciende. El interior de la antigua casona es todo sordidez, mugre, cochambre: vetusto mobiliario porfiriano se amontona con muebles recientes, disparejos y desvencijados.

De pie en la angosta cocina, la vieja saca del bolso sus cucuruchos de estraza. Los deshace y va vaciando hierbas y polvos en un mortero. Un gato manchado brinca a la mesa. Mira a la vieja machacar con la pesada mano de hierro.

En un trozo de papel de envoltura, la vieja escribe un par de conjuros. Lo dobla varias veces con acusada precisión. Lo deposita en el cuenco.

## Locos de loco amor

El cuarto, envuelto en sombras.

Resoplando, la vieja posa el pesado mortero sobre un tocador con encimera de mármol. Enciende una lámpara de pantalla de seda roja, con flecos. El repentino rojizo resplandor hace brotar de las sombras, sobre el revuelto tocador, un gato negro, perfectamente inmóvil. Tieso, polvoriento, fiero, enseña los agudos colmillos, las reseca fauces. Por las paredes hay cuadros coloridos, grandes e ingenuos –una joven desnuda, de inmensos ojos, estrecha musculosos amantes–. La cama, alta y vasta, la cubre una desgarrada colcha hecha de peludos parches de piel.

La vieja se acucilla ante un antiguo baúl de viajes transatlánticos. Lo abre.

El gato manchado deambula de aquí para allá sobre el raído tapete, viene a enredarse entre las piernas de su dueña.

–¡Hazte!

La vieja saca del baúl un altero de fotografías, varias con passepartout. Se sienta al borde de la cama y va mirando una por una las fotos. Retratos en blanco y negro de un rostro de mujer, juvenil y sobrecogedoramente armonioso, en alguno con los claros cabellos trenzados, en otro casi a rape. Otras, las más, amanerados desnudos de cuerpo entero. Las va disponiendo en abanico sobre la colcha de pieles de gato. Se detiene ante uno y lo contempla. Lo muestra al animal disecado:

–¿Te acuerdas, Mene? Mira, mira bien: una diosa. La diosa del movimiento.

El gato mira hacia el frente con tiesos ojillos de canica.

–Los vamos a ir a vender, Menelik. Meneliko. Meneliko García Lorca.

La vieja reintegra el desnudo al abanico.

–Nos los van a comprar en la Zona Rosa. O en la Lagunilla, aunque sea.

Retorna al baúl y sigue hurgando.

–El pobre hombre que se los lleve se volverá loco. Loco de amor.

Extrae del antiguo arcón algunos libros. Abre uno y pasa las hojas, absorta. Lo aleja de sus ojos orientándolo hacia la luz rojiza de la lámpara. Lee, en silencio. Pasa un par de páginas.

–«Independiente fui –lee en voz alta– para no permitir pudrirme sin renovarme. Escucha, Mene, ¡cuánta sabiduría! Hoy, independiente, pudriéndome me renuevo...»

Pasa algunas páginas más, lo cierra.

Coloca los libros al lado de las fotografías. En sus portadas, dibujos estilizados de un rostro de intensa mirada verde.

El gato manchado da un súbito salto a la cama y camina, sinuoso, sobre del mosaico de cuerpos y rostros. Se posa y arrellana.

La vieja hurga en lo profundo del arcón, saca una antigua caja de lámina decorada con escenas galantes. La abre. Cruje el papel de seda y una larga trenza dorada se desenrosca entre sus manos. Revuelve en el tocador hasta que encuentra las tijeras de manicura. Corta algunas puntas a la trenza, las espolvorea sobre el mortero de hierro y arroja la trenza sobre fotos y libros.

El gato echado salta y huye.

–A ver, Menelikito chulo... –le advierte al gato disecado–, nada de rasguños; en los filtros es esencial la fe.

La vieja corta un par de bigotes al esperpéntico animal. Los agrega.

Vierte en el cuenco un cuartito de alcohol de farmacia y macera el menjurje con la mano del mortero.

–Locos. Locos de loco amor, Menelik.

Arroja un fósforo encendido. Una viva llamarada le ilumina el rostro y prende un destello en los ojos de vidrio del felino. Juntos contemplan el cuenco arder.

El contenido del mortero se chamusca; pronto los ingredientes se descomponen en una melaza y se deshacen en ceniza y en tizne.

La vieja recoge en un puñado las cenizas, abre la palma de la mano, sopla. Se esparcen en el aire y van posándose, impalpables y sucias, sobre el retablo de rostros.

La vieja se lleva la mano a la cara cubriéndose espantosamente de tizne.

Toma del tocador un atomizador de perilla y rocía la extraña instalación. Perfuma a Menelik. Se rocía el cuello y, tiznada, se mira en un espejito oval con mango de marfil.

El cristal azogado devuelve un hermosísimo rostro: una joven de verde mirada.